

## Cine y Geopolítica

Pablo IGLESIAS TURRIÓN  
Universidad Complutense de Madrid  
pabloiglesias@cps.ucm.es

Michael J. Shapiro (2009) *Cinematic Geopolitics*. Nueva York: Routledge, 177 pp.  
ISBN: 978-0-415-77636-3.

*La naturaleza que habla a la cámara no es  
la misma que la que habla al ojo*  
Walter Benjamín (1936)

*A critical film functions to disrupt  
officially encouraged political imaginaries*  
Michael J. Shapiro (2009)

Señaló hace ya diez años Manuel Trenzado, en uno de los pocos artículos que en España se han ocupado de la relación entre el cine y la Ciencia Política, que el cine cumple un papel político crucial *como mediador del imaginario colectivo*<sup>1</sup>.

Sin embargo, la politología española sigue centrada, casi de forma exclusiva, en el estudio de los partidos y los sistemas políticos, el Gobierno y las administraciones públicas, los sistemas electorales o la teoría política entendida sólo como teoría del Estado, ajena al impacto que los estudios culturales y postcoloniales han tenido en las ciencias sociales durante las últimas décadas. Sigue siendo por ello una empresa crucial para los politólogos que trabajamos en este país llevar al primer plano del análisis lo que Heriberto Cairo y Javier Franzé han llamado “prácticas políticas de sentido”<sup>2</sup>, a saber, la cultura.

El libro de Shapiro que aquí reseñamos es una sobresaliente investigación en este sentido, que revela muchas de las claves políticas de la cultura. Estudiando el cine como productor de imaginarios geopolíticos, Shapiro pone el acento en las

---

<sup>1</sup> Manuel Trenzado Romero: “El cine desde la perspectiva de la Ciencia Política”. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 92, 2000, 54. [URL: [http://www.reis.cis.es/REISWeb/PDF/REIS\\_092\\_05.pdf](http://www.reis.cis.es/REISWeb/PDF/REIS_092_05.pdf) Consultado el 5 de Agosto de 2010].

<sup>2</sup> Heriberto Cairo y Javier Franzé: “Política y cultura: ¿tensión entre dos lenguajes? La gobernanza cultural”, en H. Cairo y J. Franzé (comps) *Política y cultura. La tensión de dos lenguajes*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2010, 14.

cualidades epistémicas y críticas para el análisis político del producto cultural audiovisual más importante del siglo XX. Profesor en el Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Hawai, Shapiro es probablemente el científico político que mejor ha sabido entrecruzar la teoría política con la geopolítica y los estudios culturales.

En su *Cinematic Geopolitics* estudia la importancia del cine para plasmar los imaginarios que determinan la representación de la geografía política mundial e investiga, apoyándose en su experiencia como miembro de varios jurados internacionales, el papel de los festivales de cine como contra-espacios respecto a las cartografías de violencia generadas por las políticas agresivas de “guerra contra el terror” tras los atentados del 11 de Septiembre, por las geografías de la circulación global de flujos migratorios en un contexto general de desigualdad y relaciones asimétricas, así como por las profundas transformaciones que sucedieron a la caída del muro de Berlín en forma de transiciones políticas y cambios de mentalidad en los regímenes del llamado socialismo real.

Su investigación, muy influida por Deleuze y el pensamiento estético de Rancière, analiza varios filmes que van desde clásicos como “El cazador” (*The Deer Hunter*) de Michael Cimino (1978) o “La batalla de Argel” (*La Battaglia di Algeri*) de Gillo Pontecorvo (1965) hasta el, relativamente reciente, documental de Errol Morris *The Fog of War: Eleven Lessons from the Life of Robert S. McNamara* (2003).

Como señala el autor, el cine no es solo una simple ficcionalización que puede servir, eventualmente, como medio de propaganda para defender determinados intereses, sino que se compone de un conjunto de dispositivos de observación, perfectamente organizados y sistematizados que, bajo determinadas circunstancias, puede aportar, desde las potencialidades epistémicas de la estética, elementos extremadamente valiosos para el análisis político.

Para Shapiro el cine puede proveer incluso un tipo de “acceso superior a la verdad empírica que otras formas de percepción manejadas” (p. 5). El autor se apoya aquí en algunas de las tesis que defendió Jacques Rancière en su imprescindible *La fable cinématographique*, donde se planteaba la importancia de una estética cinemática más política que ideológica, partiendo de la capacidad del cine, desde Eisenstein, para transformar “directamente las conexiones de ideas en cadenas de imágenes”<sup>3</sup>.

Reflexionando sobre *Le mépris* de Jean-Luc Godard (1963), Shapiro defiende la primacía de lo estético sobre lo psicológico, a través de formas de percepción interpersonal que permiten construir trayectorias espaciales que van más allá de la percepción del sujeto individual. Por eso, lo importante en este filme de Godard no sería tanto la historia personal como el marco geohistórico y geopolítico que enmarca la trama. Esta es precisamente la grandeza de la forma en la que el cine ordena y produce imágenes (la estética cinematográfica), capaz de abstraernos de la

---

<sup>3</sup> Jacques Rancière: *La Fable cinématographique*. Paris: Le Seuil, 2001, 40.

subjetividad del individuo. Ello nos recuerda, sin duda, la noción brechtiana del extrañamiento, como clave para construir una dramática para pensar y entender las relaciones de poder.

Shapiro propone varios conceptos para el análisis filmico-político que ejemplifica con distintas películas. Destacan en particular las nociones de “cartografía de la violencia” (*violent cartography*), “patrimonio estético” (*aesthetic patrimony*) y “espacios securitarios” (*spaces of securitization*) como claves, sujetas a las contingencias históricas, de los imaginarios geopolíticos, derivadas en buena medida del orden de Westfalia que configuró a los Estados, por lo menos hasta el final de la Guerra Fría, como los espacios geográficos más importantes para la Política (y para la construcción de lo político).

Para Shapiro, el Estado-nación habría sido desde entonces más importante para la formación de las identidades políticas que cualquier compromiso espiritual de tipo religioso. Durante el siglo XX, en el contexto de la Guerra Fría, los Estados se reforzaron no solo como máquinas burocráticas sino también como productores identitarios, desarrollando la tensión amigo-enemigo como clave de comprensión de lo político y la guerra como forma política definitiva y fundamental de ordenación sistémica y geográfica. Estos elementos quedan ejemplificados en el análisis que Shapiro lleva a cabo de la citada *The Fog of War: Eleven Lessons from the Life of Robert S. McNamara* de Errol Morris (una biografía del que fuera secretario de Estado con Kennedy y Johnson y presidente del Banco Mundial que sirve para desentrañar buena parte de las claves de la *realpolitik* estadounidense durante la guerra fría) y de “En tierra de nadie” (*No Man's land*) del bosnio Danis Tanovic (2001), quizá la mejor representación llevada al cine de la desintegración de Yugoslavia a través de la guerra.

Apoyándose en los estudios de Giorgio Agamben y Judith Butler sobre el cuerpo para entender la relación entre Derecho y espacio en el contexto de las relaciones centro-periferia que condicionan los fenómenos migratorios por razones sociales y/o políticas, Shapiro analiza *The End of Violence* de Wim Wenders (1997) y *Dirty Pretty Things* de Stephen Frears (2002), película británica sobre la venta de órganos por parte de inmigrantes ilegales en Londres. Apoyándose en Kant —y sin dejar de pasar por Jean-François Lyotard y Rancière—, el autor defiende un concepto de estética política para entender la ética en las relaciones internacionales.

Shapiro estudia también, recurriendo esta vez a Milan Kundera, las representaciones estéticas de la desintegración del mundo soviético a través de *A Friend of the Deceased*, del ucraniano Vyacheslav Krishtofovich (1997), explorando la micropolítica de la supervivencia (p. 132) en el contexto de la transición de los regímenes del socialismo realmente existente hacia las formas más consumistas del capitalismo.

Para Shapiro es crucial la resistencia a todas estas geografías de la enemistad, el distanciamiento respecto a los imaginarios geopolíticos que llevan a la guerra y a la injusticia. En este sentido, entiende que los festivales de cine pueden representar oportunidades de crítica a la violencia sistémica y de defensa de la paz a partir de la

creación de nuevos imaginarios. Películas como “Camino a Guantánamo” (*The Road to Guantanamo*) de Mat Whitecross (2006) servirían para impugnar esas lógicas de militarización y Estado de excepción global que determinan la geopolítica mundial.

La conclusión fundamental del trabajo de Shapiro es que el cine resulta determinante para interpretar las transformaciones geopolíticas recientes y crear nuevas estéticas geopolíticas como contra-espacios —o *cinematic heterotopias*—. Como señala en su análisis de “Salvador” de Oliver Stone (1986) que retrata las prácticas de guerra sucia de Estados Unidos contra el FMLN, esta película “ilustra cómo una película crítica sirve para desbaratar imaginarios políticos alentados oficialmente” (p. 48).

Para Shapiro pensar, ante todo, significa resistir a los modos imperantes de representación del mundo.